

A profile portrait of Niceto Alcalá-Zamora, a Spanish politician and president of the Second Republic. He is wearing a dark military-style uniform with gold epaulettes and a red fur hat. The background is a textured, light brown color.

*Prólogo de Julio Gil Pecharromán*  
*Edición de Jorge Fernández-Coppel*

# Memorias de un ministro de **Alfonso XIII**

1877-1930

**Niceto Alcalá-Zamora**

LOS DIAROS ROBADOS DEL PRESIDENTE DE LA SEGUNDA REPÚBLICA



## Índice

*Portada*

*Prólogo*, por Julio Gil Pecharromán

Capítulo I. Los míos y yo

Capítulo II. Los primeros pasos en Madrid

Capítulo III. Los hombres del liberalismo

Capítulo IV. Las cortes de Maura

Capítulo V. El apogeo de Canalejas

Capítulo VI. La guerra y la neutralidad

Capítulo VII. En el poder

Capítulo VIII. El final de la guerra y la descomposición política

Capítulo IX. De África al golpe de Estado

Capítulo X. Bajo la primera dictadura

*Bibliografía*

*Créditos*

*Notas*

## Prólogo

Cuando comenzó a escribir este primer volumen de sus memorias, en el mes de diciembre de 1923, Niceto Alcalá-Zamora era un político en paro. Tres meses antes, el general Miguel Primo de Rivera había encabezado un golpe de Estado militar y obtenido del rey Alfonso XIII la investidura como dictador. Desde entonces, la Constitución estaba suspendida, cerrado el Parlamento y prohibida la actuación de los partidos. El nuevo régimen se autojustificaba culpando a los políticos profesionales de haber conducido al país al desgobierno, con sus rencillas y ambiciones desmedidas, y de alentar las corruptas prácticas del caciquismo electoral, un mal endémico en pequeñas y medianas poblaciones que los militares prometían erradicar con métodos expeditivos.

A sus cuarenta y seis años, Alcalá-Zamora encaraba el umbral de la madurez rebotante de vitalidad y de proyectos profesionales. «Me encuentro —escribe al comienzo de sus memorias— en la edad serena que, al doblar la primera mitad de la vida, mira a las dos vertientes de ésta con melancolía, pero sin tristeza». Porque su carrera política era ya tan larga como accidentada, cargada de éxitos y de frustraciones. Tanto como para dar materia a este jugoso libro de recuerdos que constituye una valiosa aportación testimonial sobre la crisis del régimen de la Restauración y, especialmente, sobre el funcionamiento de su sistema de partidos y las relaciones de poder en el seno del fragmentado liberalismo español de esos años.

Alcalá-Zamora era andaluz, de Priego de Córdoba, donde nació el 6 de julio de 1877. En la pila bautismal recibió los nombres de Niceto Enrique, José de Nuestra Señora del Pilar Santa Dominica Santa Lucía y San Francisco Ca-

racciolo. Cosas de la época. Perteneía a una familia de propietarios rurales, entre los que había varios políticos, pero se decidió por el mundo del Derecho y estudió la licenciatura en la Universidad de Granada. Establecido en Madrid, tras un breve paso por la docencia universitaria sentó plaza como letrado del Consejo de Estado y abrió su propio bufete de abogados, que con el tiempo llegó a ser uno de los más importantes de la capital.

Por los días en que comenzaba el siglo XX se dejó ganar por la vocación política e ingresó en la Juventud Liberal, donde destacó enseguida por su entusiasmo y cualidades oratorias, hasta ganarse el apoyo de Segismundo Moret, la principal figura del liberalismo del momento. El joven cordobés no tardó en captar las características de la lucha de facciones que dividía al partido fundado por Sagasta y jugó sus bazas con habilidad. Supo hacerse útil a los dirigentes, y también cambiar de facción cuando los vientos que las impulsaban variaban de dirección. Colaboró, pues, con el anciano Moret y luego con José Canalejas, aunque con este último no sintonizó, porque su visión laicista chocaba con el acendrado catolicismo que Alcalá-Zamora practicó durante toda su vida.

Pero si hubo un político que influyó en los inicios de su carrera fue Álvaro Figueroa, el conde de Romanones, catorce años mayor que él y de quien fue secretario político. Dotado de una enorme habilidad para la finta y la componenda, y con una bien cultivada imagen de maquiavelismo, Romanones descubrió enseguida que podía confiar al joven Alcalá-Zamora las tareas más delicadas, porque el prieguense era hombre de palabra fácil en la argumentación y espíritu arrojado, a quien no asustaba crearse enemigos en la defensa de causas que creía justas. Como su prolongado y exitoso combate contra el regionalismo conservador catalán y su proyecto de mancomunidad autónoma, que convirtió a Francesc Cambó en su más enconado rival parlamentario en aquella época. O la hábil maniobra que, por encar-

go de Romanones, tramó el cordobés para detener la legislación anticlerical que impulsaba Canalejas, entonces feroz oponente de la facción moretista y que tuvo como consecuencia inesperada la caída del gobierno liberal en 1907.

Un año antes, el conde había facilitado a su secretario cumplir el sueño de entrar en el Congreso de los Diputados, regalándole un acta «sin esfuerzo ni lucha», en unas circunstancias que este apenas explica en sus *Memorias*, pero que son muy reveladoras de cómo funcionaba la política electoral en esos años. Alcalá-Zamora se había presentado como candidato en los comicios de 1905 por el distrito alicantino de Villajoyosa. Era un candidato «cunero» — no tenía relación alguna con el distrito— que pensaba que estaba «encasillado» por el ministro de la Gobernación, es decir, que tenía el acta segura. Pero los liberales locales eran canalejistas y apoyaron con escaso entusiasmo al candidato moretista. Finalmente, su rival conservador, que controlaba al cacique local, se hizo con el acta por medios que los liberales denunciaron como un pucherazo. Romanones solucionó el asunto meses después. Convenció a uno de sus partidarios, diputado del distrito jienense de La Carolina, para que renunciara al acta a cambio de un gobierno civil, y Alcalá-Zamora ganó la elección parcial sin tener que hacer campaña, ya que los conservadores entendieron que era un asunto interno de los liberales y no presentaron candidato propio. Entre 1906 y 1923, Alcalá-Zamora siempre ganó las elecciones en La Carolina.

Este fue el comienzo de su vida parlamentaria, por el que don Niceto parece preludiar un sambenito con el que el futuro estadista republicano cargó durante toda su vida: el de beneficiario aventajado de la estructura caciquil de la política española, y sobre todo andaluza, férreo controlador de una red de agentes locales que manipulaban el sufragio en su favor con apoyo de las fuerzas vivas y de una clientela electoral agradecida por los favores del diputado. Hay bastante de verdad en esta imagen. Pero no fue el único nota-

*ble*, liberal o conservador, que se apoyó en el sistema caciquil para ganar una red clientelar estable. Y tampoco llegó a implicarse en el sistema al nivel de los grandes electores, como Romanones o Juan de la Cierva.

Niceto Alcalá-Zamora fue un gestor muy capaz de los asuntos públicos en cuantos puestos de gobierno ocupó. De su honradez personal caben pocas dudas, por más que en ocasiones se dejara conducir en exceso por la pasión política. Y alcanzó la fama como orador parlamentario de barroquismo castelariano y gran contundencia argumental, en unos tiempos en que la palabra culta aún se consideraba mérito y exigencia para un político. Pero sus enemigos —tuvo muchos y muy enconados en toda la gama del espectro político— le atacaron continuamente, sobre todo a partir de 1931, con el asunto de su pretendido cacicazgo en La Carolina, al que se sumaron, a partir de 1918, los de los diputados de su minoría parlamentaria en Getafe, Montilla, Coria y otra media docena de distritos. Los nicetistas, tanto sus fieles agentes y electores como los diputados del grupo parlamentario, se convirtieron así en referente de un comportamiento político viciado que, por otra parte, practicaban generosamente las restantes fracciones personalistas —romanonistas, mauristas, albistas, ciervistas, etc.— que habían pulverizado a los dos viejos partidos «del turno» a lo largo de la última década de la Restauración.

Don Niceto —siempre se le citaba con el respetuoso tratamiento— dedicó muchos esfuerzos a lo largo de su vida a combatir esta imagen. Él era un hombre de fuertes convicciones democráticas, partidario de terminar con los vicios del sistema, de reformar la legislación electoral para que se hiciera realidad el sufragio universal, de convertir el Parlamento en un órgano auténticamente representativo de la soberanía popular, de modernizar la Administración librándola de inercias y corruptelas... Pero todo ello tenía que trabajarlo desde dentro. En el marco de la «vieja política» restauracionista, las fuerzas ajenas al sistema —republi-

canos, socialistas, carlistas— quedaban excluidas, por principio, de los ámbitos gubernamentales y solo podían aspirar a exiguas minorías parlamentarias. Como vino a demostrar el fracaso de los movimientos de 1917, el regeneracionismo capaz de transformar el sistema debía tener asiento en el espectro de los partidos turnistas y cumpliendo sus reglas de juego. O eso, o romperlas totalmente mediante la revolución. Y ello significaba que, en un ámbito de normalidad constitucional, solo se podía combatir eficazmente a la vieja política estando en la vieja política. Una paradoja dolorosa para un demócrata como Alcalá-Zamora, que solo fue capaz de superarla a partir de 1930, apostando firmemente por una república que rompiera el corsé de la Constitución de 1877 y arramblase con el viejo tinglado político de la monarquía borbónica.

Pero hasta que llegase ese cambio fundamental en su vida, actuaría como un político monárquico. Lo hizo durante las tres quintas partes de su trayectoria política, el periodo que recoge este libro. En ese tiempo fue diputado de a pie y líder de minoría parlamentaria, director general de la Administración local, un puesto especialmente relacionado con la estructura caciquil de los partidos, y subsecretario de la Gobernación, con mayor poder en el mismo sentido. Si tardó en ser ministro, y fracasó varias veces en ello, fue porque durante la Primera Guerra Mundial se declaró germanófilo y ello le enfrentó al resto de la familia liberal, en la que su antiguo jefe, Romanones, y su nuevo rival, Santiago Alba, eran aliadófilos decididos y partidarios, por lo tanto, de la entrada de España en la guerra. Alcalá-Zamora puede, en estos recuerdos, apuntarse el mantenimiento de la neutralidad como un triunfo propio.

Recorría la Gran Guerra su tramo final cuando, por fin, nuestro hombre obtuvo una cartera ministerial en un gobierno de concentración, con liberales y conservadores, y presidido por su nuevo jefe de filas, García Prieto, el marqués de Alhucemas, líder del Partido Liberal Democrático.

Se trataba del Ministerio de Fomento, en ese momento una verdadera patata caliente para un político, con los submarinos alemanes interrumpiendo el tráfico naval y los empresarios españoles vendiendo su producción a los aliados, con altísimos beneficios. Alcalá-Zamora se tomó muy en serio su tarea de garantizar el suministro de alimentos y combustible a la población, y ello le causó graves enfrentamientos con los grandes patronos, en especial con los armadores navales, a quienes obligó a reservar buena parte de su tonelaje para las importaciones de productos de primera necesidad. A los cinco meses cayó el gabinete y don Niceto hubo de esperar un lustro para volver a ser ministro. En este periodo se convirtió en líder de uno de los cinco grupos personalistas —romanonistas, garciaprietistas, albistas, gassetistas y nicetistas— en que se había roto el liberalismo monárquico español. De sus jefes de filas, como de otras grandes figuras políticas y del rey Alfonso, cuenta en este libro Alcalá-Zamora multitud de anécdotas y confidencias y traza perfiles psicológicos de gran interés aunque, lógicamente, estén condicionados por sus relaciones personales con cada uno de ellos.

Volvió a ser ministro en un gobierno formado en diciembre de 1922. Lo presidía García Prieto y se integraban en él todos los jefes de fracción liberales. Fue un gabinete que levantó grandes expectativas en la ciudadanía, basadas en que se atribuyó el propósito de regenerar la vida política, acometiendo incluso una reforma constitucional. Pero, una vez más, los proyectos iniciales se disolvieron entre las querellas cainitas de los jefes de fracción y la práctica electoral corrupta tantas veces denunciada como nefasta incluso por quienes la practicaban.

Alcalá-Zamora se hizo cargo del Ministerio de la Guerra. También en esta ocasión la cartera ministerial le llegaba llena de asuntos especialmente delicados. Tras la catástrofe de Annual, el año anterior, la opinión pública y buena parte de las fuerzas políticas mostraban su indignación con las in-

jerencias político-militares de Alfonso XIII y la incapacidad del ejército para solucionar el conflicto marroquí, que costaba ríos de sangre a la juventud española. El nuevo ministro intentó aplicar medidas radicales para solucionar el problema. Enprendió una amplia reforma de las Fuerzas Armadas, a fin de reducir sus sobrecargados cuadros de oficialidad, bajar sus onerosos costes económicos y modernizarlas, creando un verdadero ejército colonial en África nutrido por soldados profesionales. En sus líneas maestras, unas reformas que anticipan las de Azaña en los años treinta.

Sin embargo, Alcalá-Zamora, que ya entonces encarnaba al sector más derechista del liberalismo español, se identificó con el punto de vista corporativo de los militares, opuestos al propósito del ministro de Estado, Santiago Alba, de buscar una salida negociada al conflicto rifeño y de sustituir a los generales por políticos civiles al frente de la Administración del Protectorado. Como refleja apasionadamente en sus *Memorias*, Alcalá-Zamora mantuvo a cuenta de este asunto continuos choques con el político castellano, entonces su principal adversario en las filas liberales, choques que trascendieron a la opinión pública. En estos momentos, conforme señala con suma discreción en el texto, recibió insinuaciones desde los medios castrenses para que animase, o apoyara, un golpe militar destinado a acabar con el ejecutivo liberal y detener el proceso parlamentario por los sucesos de Annual. No se rindió Alcalá-Zamora a estos cantos de sirena, manifiestamente anticonstitucionales. Pero cuando entendió que sus compañeros de gobierno hacían causa común con la política civilista y pactista de Alba en África, presentó la dimisión como ministro, en mayo de 1923, y se retiró de la política activa. Apenas cuatro meses después, los militares dieron el golpe de Estado y Santiago Alba, conecedor de lo que se le venía encima, huyó a Francia.

Aquella situación de político en paro abría un dramático paréntesis en la vida de Alcalá-Zamora, quien hubo de

concentrar sus energías en otro tipo de actividades. El ex-ministro tendría a partir de ahora más tiempo para dedicarse a su próspero bufete de abogados y a sus contactos bancarios y empresariales, que incluían la pertenencia a algún Consejo de Administración. Escribiría artículos académicos sobre la ciencia del Derecho, su gran pasión fuera de la política. Dedicaría mayor atención al cuidado de sus propiedades rurales en la comarca de Priego, donde se encontraba el cortijo de La Ginesa, la residencia campestre en la que pasaba con la familia sus temporadas de descanso. Y podría satisfacer su afición por el teatro, la literatura y la historia, que le llevaría, años después, a ocupar un sillón de la Academia Española.

Así pues, comenzó a escribir sus memorias, pensando que en esos días finales de 1923 podía dar por terminado el periodo más fecundo de su existencia y que era hora de hacer el balance. Como casi todos los españoles, se había concedido un tiempo de espera para ver si Primo de Rivera y su directorio militar cumplían la promesa de regenerar el sistema institucional en pocos meses mediante una radical «cirugía», para devolver enseguida su plenitud al orden constitucional parlamentario, depurado de unos vicios y corrupciones que el político cordobés deseaba ardientemente ver erradicados de su patria. Sin embargo, el golpe de Estado y, sobre todo, el establecimiento de un régimen autoritario que se fue alargando en el tiempo repugnaban al estricto credo constitucionalista de don Niceto, que nunca movió un dedo para apoyar la dictadura.

Lo que ignoraba entonces era que el dictador iba a hacer de él uno de sus blancos para escarmiento de los «caciques». Y que la persecución de Primo de Rivera llegaría al extremo de vetar dos veces su elección como académico de la lengua. Tampoco sabía nada de lo que le guardaba el destino para cuando acabara la dictadura, en enero de 1930: su sonado pase a las filas republicanas acusando al rey de perjurio por haber apoyado un golpe de Estado anti-

constitucional; su presidencia del Comité Revolucionario republicano-socialista y luego del gobierno provisional de la Segunda República, tras hacer caer a la monarquía. Y, desde luego, no podía ni imaginar que acabaría sucediendo al mismísimo Alfonso XIII en la jefatura del Estado, como presidente de la República. No vislumbraba las batallas en que se vería envuelto, desde su alta magistratura, contra las radicalidades de derechas e izquierdas y contra una extrema inestabilidad del sistema político, que sus experiencias juveniles le habían hecho aborrecer. Ni por asomo podía anticipar todo eso, ni que, clausurando por segunda vez su carrera política, las Cortes del Frente Popular votarían su deposición como jefe del Estado en la primavera de 1936. Ni la odisea final, como exiliado desde los terribles días de julio de ese año, primero en Francia, deambulando luego durante muchos meses por África y, finalmente, en Argentina, compartiendo con su familia las estrecheces a que les condenaba la persecución de otro dictador militar en la España de la posguerra.

Pero todo eso era el futuro. En diciembre de 1923, concluido el ciclo político de la Restauración y a la espera de un incierto retorno a la política, Alcalá-Zamora quería dar un testimonio de protagonista sobre las agitadas aguas de la política española en las dos primeras décadas del siglo XX. Comenzó, pues, a redactar el libro al que sirven de pórtico estos párrafos. No como el relato de un anciano que justifica una dilatada trayectoria personal que se despliega completa ante él, sino como la recopilación de experiencias de juventud, relatadas cuando las impresiones están todavía frescas y no se encuentran tamizadas por la distancia temporal, la larga experiencia vital y la mirada nostálgica que impone la vejez. Debían ser, en su propósito, los primeros capítulos, el primer volumen acaso, de unas memorias que, antes de concluir, tendría todavía que vivir en gran parte.

Y las siguió viviendo sin dejar el primer plano del protagonismo. Apartado de la política activa, pero sometido a los agravios del dictador y crecientemente alejado de la monarquía, Alcalá-Zamora encaró el sexenio primorriverista con una discreción autoimpuesta, colaborando con el grupo constitucionalista, monárquicos que buscaban el retorno del sistema constitucional y su reforma en sentido democrático, lo que implicaba la abdicación de Alfonso XIII, cómplice del dictador, en su heredero. Tuvo alguna actuación en el prematuro y mal preparado intento de golpe de Estado encabezado por el líder conservador Sánchez-Guerra en enero de 1929, pero tampoco se significó en ello y salió indemne del asunto. Justo un año después, el rey se deshizo del dictador, cuyos deseos de perpetuarse en el poder le habían convertido en un verdadero incordio para la monarquía. Ahí finaliza este volumen de las memorias, dando paso al segundo, titulado *La victoria republicana*.

Como las memorias de don Niceto eran una obra abierta, tardó nueve años en concluir el manuscrito de este libro, al que puso la palabra «fin» en junio de 1932, añadiendo a su propósito inicial un último capítulo sobre los años de la dictadura primorriverista. Ahora sí que el volumen abarcaba un ciclo vital completo, el de un político liberal que había servido en puestos de la mayor responsabilidad a la monarquía constitucional hasta que, decepcionado con el rey, entendió que solo la república garantizaba, en la España de 1930, las esencias democráticas del constitucionalismo. Y cerraba el volumen consciente de que ya podía avanzar en la redacción de un segundo tomo aún más apasionante, el de su actuación como estadista al servicio de la Segunda República.

Alcalá-Zamora no quiso dar a conocer al público sus memorias de juventud en aquella coyuntura. Guardó bajo siete llaves el manuscrito y siguió escribiendo textos sobre los años republicanos: un relato de los tiempos fundacionales del nuevo régimen y los dietarios políticos que, año tras

año, dejaban constancia de su paso por la presidencia de la República. Como a otros muchos jefes de Estado y de Gobierno, estos cuadernos le hubieran permitido, fuera ya de la política activa, elaborar unas memorias meditadas y justificativas de su actuación.

Pero estalló la Guerra Civil en julio de 1936 y don Niceto y su familia, que disfrutaban sus vacaciones realizando un crucero por el norte de Europa, no pudieron regresar a España. Los cuadernos manuscritos, los que se han definido como «diarios robados», fueron requisados por la policía republicana en las dos cajas de seguridad que tenía alquiladas Alcalá-Zamora en la sucursal madrileña del Crédit Lyonnais y se perdió su pista. Comenzaba así una rocambolesca aventura que llevó a la localización de los papeles en 2008, a una complicada pugna por la propiedad y, una vez reconocidos los derechos de sus herederos, a su publicación en tres volúmenes por La Esfera de los Libros.<sup>1</sup> Este que aquí se inicia abre cronológicamente la trilogía.

En su conjunto, se trata de textos de enorme valor historiográfico. Por su contenido y por el momento en que fueron redactados los manuscritos. A nadie que conozca la historia de la Segunda República se le puede escapar que ya disponíamos de unas *Memorias* de Alcalá-Zamora, un texto que vio la luz en 1977, con España en transición a la democracia. Se trata de un extenso libro comenzado a redactar en Francia, en 1940, por un anciano que asistía a la ruina de la obra de su vida y a la perspectiva de un incierto exilio, del que quizás no volvería nunca. Son, por lo tanto, unas memorias crepusculares, en las que el autor repasa la totalidad de su trayectoria profesional con ánimo de resaltar aciertos, justificar errores y ofrecer testimonio de una experiencia vital extraordinaria. Y todo ello de memoria, con la prodigiosa memoria de don Niceto, pero sin el apoyo documental de los manuscritos que habían quedado en Madrid.

El texto de 1977, que en su momento revolucionó los estudios sobre la historia política de la Segunda República, dejaba mucho que desear en determinados aspectos. No disponía el exiliado del archivo personal con el que cuentan la mayoría de los autores de memorias, por lo que se resentía la precisión de los testimonios. Había en el libro, escrito a toro pasado tras un largo ejercicio profesional lleno de episodios conflictivos, mucho de interpretación justificativa, de ajuste de cuentas con un pasado contemplado en clave de fracaso. Y, sobre todo, el Alcalá-Zamora expresidente de la República pasaba casi de puntillas por sus años de político monárquico, los que nos relata con todo detenimiento en este libro, que sumaban casi el cuádruplo de los de su militancia en la política republicana.

Los tres volúmenes en que se publican los «diarios robados» vienen a llenar muchas de esas lagunas. Cada uno en su estilo —memorias de la juventud en este primero, crónica de acontecimientos recientes en el que dedica a 1930-1931, dietario cotidiano el de 1936—, configuran un repertorio testimonial de una riqueza comparable a las memorias del conde de Romanones para la etapa final de la Restauración o a los diarios de Azaña —sus llamadas *Memorias*— en los años republicanos. Un repertorio que, además, se beneficia de la inmediatez de los sucesos que narra para ganar en espontaneidad y en apasionamiento. Especialmente los dietarios iniciados en 1932 y de los que solo nos ha llegado, hasta ahora, el último, el que testimonia el fracaso de toda una vida de lucha por la constitucionalidad parlamentaria y por el consenso y la moderación en las relaciones políticas y sociales.

Este primer volumen de la trilogía es, sin duda, el que más se acomoda al concepto de un libro de memorias, de una obra acabada, aquella en la que el tiempo transcurrido desde los acontecimientos narrados marca la pauta de la reflexión y de la nostalgia. El autor era, por ello, consciente de que escribía un texto con su estructura literaria comple-

ta, preparado para ser leído en la redacción original. Sorprende, sin embargo, comprobar, en la declaración de propósitos que abre el texto, que el político cordobés no estaba seguro de que su escrito llegara a tener una gran edición comercial: «Es fácil que estas memorias sólo lleguen a aquéllos para quienes mi recuerdo sea de cariño y mis noticias personales de interés». Estaba, desde luego, muy lejos de suponer que, por motivos ajenos a él mismo y a sus allegados, el manuscrito tardaría casi un siglo en darse a conocer.

El volumen tiene un no menos curioso recorrido en su concepción y redacción. Los primeros capítulos constituyen evocaciones íntimas. El Priego del último cuarto del siglo XIX, los vínculos familiares con antepasados dedicados a la política, la precoz orfandad materna y el cuidado del niño por mujeres que sustituían a la madre muerta: las dos tías, su hermana Pilar, la prima Gloria. Los estudios infantiles a cargo de un peculiar maestro de pueblo, el esfuerzo para superar el estrecho espacio de lo local y alcanzar la licenciatura en Derecho con tan solo diecisiete años, edad en la que aún no podía ejercer como abogado... Luego se suceden los capítulos con el relato de los inicios de su militancia en el Partido Liberal, la consecución y el cuidado del acta de diputado que tantos triunfos parlamentarios le acarrearía, el lento ascenso en los cargos políticos de la Administración, de la mano de sucesivos prohombres del partido, su participación en las luchas fraccionales del liberalismo hasta la formación de su propia facción parlamentaria, una vez hecho añicos el viejo partido sagastino... Se trata de una verdadera crónica política, bien que servida a través de testimonios en primera persona, dotados de la subjetividad que cabe esperar de unas memorias políticas.

En las primeras páginas, Alcalá-Zamora tiene interés en demostrar que su dedicación a la política y su profesión de fe liberal son fruto de una tradición que él continuó de un modo natural, como vástago de una saga familiar en la que